

## Carísimo

¡Qué importante es acertar el significado correcto cuando escuchamos palabras que tienen más de uno! En casa lo sabíamos bien porque sufrimos en nuestras carnes, o más bien en nuestro bolsillo, las nefastas consecuencias de una confusión semántica. Pero antes de que os explique lo que pasó con el que llamaremos “padre Mitjavila”, permitidme que os cuente la historia de otro padre, el mío, a quien me referiré como *papá*, porque así es como le llamaba y para evitar más confusiones.

Papá emigró a Cornellà con toda su familia desde Santa Elena, en Jaén, cuando tenía diecisiete años y, ya entonces, llevaba casi doce trabajando primero en el campo y luego en la cantera. Como tantos de los niños que se criaron en un pueblo los años que vinieron después de la guerra, apenas pudo ir a la escuela.

Cuando acabó el servicio militar, empezó a hacer de paleta, pero estudiaba por las noches un curso por correspondencia, porque su vocación, diré más, su obsesión, era ser mecánico. Desoyendo los consejos de la familia y los amigos que le decían que para qué se estaba complicando la vida si ya tenía un buen trabajo y ganaba lo suficiente, con mucho esfuerzo y mucho insomnio, consiguió sacarse el título con una nota buenísima. Para aprender el oficio, colaboraba con otros veteranos, sin cobrar, al salir por la tarde de la obra y durante los fines de semana.

Conforme fue adquiriendo experiencia, aquella actividad gratuita pasó a ser remunerada y, además, entró en SEAT. Los domingos también echaba jornales en garajes que atendían permanentemente urgencias de camioneros y turistas. Trabajaba catorce horas al día de forma incansable para traer dinero a casa ejerciendo una profesión que le apasionaba, y con el tiempo consiguió ahorrar lo suficiente para empezar a pagar nuestro

propio local, donde quería que montáramos un taller “por todo lo alto”. «Paciencia, todo se andará», pensaba. De momento nos conformábamos con nuestro pequeño negocio familiar cerca de casa, justo enfrente del convento de Nuestra Señora de Betania. “Talleres Morales”. No sé por qué pusimos el rótulo en plural. Cualquiera que lo leyera podía pensar que teníamos más de uno.

A causa del buen hacer de papá, en Talleres Morales nunca nos faltaron los clientes, y a causa del lugar dónde estaba ubicado, muchos de ellos eran monjas o capellanes.

Monseñor Mitjavila era muy buena persona. Cuentan que a menudo, cuando los necesitados le pedían limosna, buscaba en sus bolsillos y si no tenía nada, les ofrecía su ropa. A más de un pobre le había dado sus propios zapatos. Era cariñoso hasta límites empalagosos, pero mostraba esa afectividad exacerbada con un lenguaje algo alejado de la gente de la calle, al menos, de la gente de las calles de Cornellà. Por su parte, papá estaba convencido de que los dueños de los vehículos debían necesariamente compartir su fervor por la mecánica y les solía describir demasiado exhaustivamente los trabajos realizados. El empalago de uno y la exhaustividad del otro crearon un cóctel explosivo que nos estalló en los morros a raíz de la reparación de la caja de cambios del 127 de Mitjavila. Ese sábado me había tocado a mí hacer de aprendiz.

— ... también hemos tenido que sustituir este piñón porque, ¿ve? —le comentaba papá al padre, mostrándole el piñón estropeado— se ha trabado con el selector y se le ha roto un diente.

—Sí, carísimo —respondió el reverendo. Lo dijo de forma afectuosa y con la paciencia propia de lo que era, es decir, un santo. Venía a significar: “Sí, querido amigo, ya sé que has obrado honradamente y con la mayor diligencia posible, no hace falta que me expliques nada más. Me doy por instruido”. Pero papá, que sólo conocía la acepción económica del adjetivo ‘caro’ y desconocía por completo su acepción sentimental, se

quedó descolocado. Aquel hombre nunca le había protestado. Siempre había aceptado el servicio prestado con tanta confianza en su mecánico como la que tenía en su Dios redentor. Y, por supuesto, como no podía ser de otra manera, siempre había pagado religiosamente.

Después de sobreponerse a la sorpresa provocada por un comentario tan inesperado, papá consiguió decir:

—Es verdad que todo está muy caro. Pero piense que hemos traído la pieza desde Alemania porque aquí ya no se fabrica. Además, debe tener en cuenta que detrás hay una faena enorme: hemos tenido que desmontar todo el mecanismo, limpiar las virutas del alojamiento y de todos los engranajes, sustituir el disco del embrague, porque ya le tocaba, revisar los niveles, bla-bla, bla-bla.

A cada explicación de papá, el padre contestaba con el afectuoso y paciente “Sí, carísimo” y a cada “Sí, carísimo” papá se desquiciaba más y respondía con más explicaciones. Como era un buen cliente, y le apreciaba, y quería que estuviera contento, comenzó a hacerle rebajas no solicitadas en el precio, agradecidas por el sacerdote con un “Gracias, carísimo”, que no hacía más que empeorar las cosas.

La imaginación de papá empezaba a proyectarle una película trágica en blanco y negro, y mucho gris oscuro, en la que el padre Mitjavila le comentaba al padre Gutiérrez «pues sí que se ha vuelto carero Morales» y luego los dos hablaban de lo mismo con la hermana Regina, que no dudaba en comentárselo al padre Penyalbert, y, al final, una procesión de monjas y capellanes desfilaban hacia Tomicar sin ni siquiera dirigirnos una mirada de despedida.

Papá no podía consentirlo y se creyó en la obligación de redoblar su apuesta. Agasajó al sacerdote con más regalos, más rebajas y mucha, mucha pedagogía, mientras una septicemia de “carísimos” inundaba su torrente sanguíneo y atormentaba su mente.

Cuando por fin, fingiendo que le llamaban por teléfono, conseguí llevarlo al despacho y explicarle que *'carísimo'* también quería decir *'queridísimo'*, ya nos habíamos hecho cargo del IVA, le había regalado la mano de obra, un ambientador con olor a pino y un juego de bombillas de repuesto, y estaba a punto de ofrecerle la baca extensible de nuestro 600.

Una vez que el cura se fue, liberado de su penitencia pedagógica, pero contento y dando gracias a Dios por tener el coche arreglado por un precio más que razonable y con un montón de accesorios bajo el brazo, papá se quedó pensativo un rato, como recordando la conversación con el capellán. Agotado, dio un profundo suspiro y, resignado, dijo: — “Ya me extrañaba a mí”.

Y yo, un poco triste por las cartas que el destino perverso había repartido a ese hombre sencillo y voluntarioso que tuvo que trabajar duro desde pequeño y apenas pudo ir a la escuela, no pude evitar reconocer que Dios sabe recompensar el afecto y la paciencia, pero con la ignorancia puede llegar a ser implacablemente cruel.

Allí donde estés, seguro que hay montada una nueva sucursal de Talleres Morales, esta sí, por todo lo alto, más alto imposible, en la que inviertes horas y más horas, incansablemente. Nosotros aquí seguimos. Ya ves, nos acordamos mucho de ti, papá. Por siempre, carísimo.

**Carlos Morales Rodríguez**